

Francisco Fernández Carvajal

EL PAN DE CADA DÍA

- Qué deseamos obtener cuando pedimos *nuestro pan de cada día*.
- *El pan de vida*.
- Fe para comer este nuevo *pan del Cielo*. La Sagrada Comunión.

I. *Danos hoy nuestro pan de cada día...*

Se cuenta en una vieja leyenda oriental que cierto rey entregaba a su hijo los víveres necesarios para vivir holgadamente los doce meses del año. En esta ocasión, que coincidía con la primera luna del año, el hijo veía el rostro de su padre, el monarca. Pero este mudó de parecer y decidió poner en manos del príncipe, cada vez, las provisiones que había de consumir en ese día. De esta forma podía saludar diariamente a su hijo, y el príncipe ver el rostro del rey. Algo parecido ha querido hacer nuestro Padre Dios con nosotros. El pan de cada día supone la oración de la jornada que comienza. Pedir solamente para hoy significa reconocer que tendremos un nuevo encuentro con nuestro Padre del Cielo mañana. ¿No hallaremos en esta previsión la voluntad del Señor de que recemos con atención cada día la oración que Él nos enseñó?

El Señor nos enseñó a pedir en la palabra *pan* todo lo que necesitamos para vivir como hijos de Dios: fe, esperanza, amor, alegría, alimento para el cuerpo y para el alma, fe para ver en los acontecimientos diarios la voluntad de Dios, corazón grande para comprender y ayudar a todos... El pan es el símbolo de todos los dones que nos llegan de Dios¹. Pedimos aquí, en primer lugar, el sustento que cubra las necesidades de esta vida; después, lo necesario para la salud del alma².

El Señor desea que pidamos también bienes temporales, los cuales, debidamente ordenados, nos ayudan a llegar al Cielo. Tenemos muchos ejemplos de ello en el Antiguo Testamento, y el mismo Señor nos mueve a pedir lo necesario para esta vida. No debemos olvidar que su primer milagro consistió en convertir agua en vino

para que no se malograra la fiesta de unos recién casados. En otra ocasión alimentará a una ingente multitud que, hambrienta, le sigue lejos de sus hogares... Tampoco olvidará advertir que le den de comer a la hija de Jairo, a la que acaba de resucitar...³.

Al pedir el *pan de cada día* estamos aceptando que toda nuestra existencia depende de Dios. El Señor ha querido que le pidamos cada jornada aquello que nos es necesario, para que constantemente recordemos que Dios es nuestro Padre, y nosotros unos hijos necesitados que no podemos valernos por nosotros mismos. Rezar bien esta parte del *Padrenuestro* equivale a reconocer nuestra pobreza radical de cara a Dios y su bondad para con nosotros, que todos los días nos da lo necesario. Nunca nos faltará la ayuda divina.

Al decir *pan nuestro*, el Señor ha querido una vez más que no olvidemos a nuestros hermanos, especialmente a los más necesitados y a quienes Dios nos ha encomendado.

II. Los Santos Padres no solo han interpretado este *pan* como el alimento material; también han visto significado en él el *Pan de vida*, la Sagrada Eucaristía, sin la cual no puede subsistir la vida sobrenatural del alma.

*Yo soy el pan de vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron. Este es el pan que baja del cielo para que si alguien come de él no muera. Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo. Si alguno come de este pan vivirá eternamente; y el pan que Yo daré es mi carne para la vida del mundo*⁴. San Juan recordará toda su vida este largo discurso del Señor y el lugar donde lo pronunció: *estas cosas las dijo en Cafarnaún, en la sinagoga*⁵.

El realismo de estas palabras y de las que siguieron es tan fuerte que excluye cualquier interpretación en sentido figurado. El *maná* del Éxodo era la figura de este Pan –el mismo Jesucristo– que alimenta a los cristianos en su camino hacia el Cielo. La Comunión es el sagrado banquete en el que Cristo se da a Sí mismo. Cuando comulgamos, participamos del sacrificio de Cristo. Por eso canta la Iglesia en la

Liturgia de la Horas, en la fiesta del *Corpus Christi*: *Oh sagrado banquete en el que Cristo es nuestra comida, se celebra el memorial de la Pasión, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la futura gloria*⁶.

Los oyentes entendieron el sentido propio y directo de las palabras del Señor, y por eso les costaba aceptar que tal afirmación pudiera ser verdad. De haberlo entendido en sentido figurado no les hubiera causado extrañeza ni se hubiera producido ninguna discusión⁷. *Discutían, pues, los judíos entre ellos diciendo: ¿Cómo puede este darnos a comer su carne?*⁸. Pues Jesús afirma claramente que su Cuerpo y su Sangre son verdadero alimento del alma, prenda de la vida eterna y garantía de la resurrección corporal.

Incluso emplea el Señor una expresión más fuerte que el mero comer (el verbo original podría traducirse por «masticar»⁹), expresando así el realismo de la Comunión: se trata de una verdadera comida, en la que el mismo Jesús se nos da como alimento. No cabe una interpretación simbólica, como si participar en la Eucaristía fuera tan solo una metáfora, y no el comer y beber realmente el Cuerpo y la Sangre de Cristo.

No está Cristo en nosotros después de comulgar como un amigo está en un amigo, mediante una presencia espiritual; está «verdadera, real y substancialmente presente» en nosotros. Existe en la Sagrada Comunión una unión tan estrecha con Jesús mismo que sobrepuja todo entendimiento.

Cuando decimos: *Padre, danos hoy nuestro pan de cada día*, y pensamos que en todas nuestras jornadas podemos recibir el *Pan de vida*, deberíamos llenarnos de alegría y de un inmenso agradecimiento; nos animará a comulgar con frecuencia, y aun diariamente, si nos es posible. Porque «si el pan es diario, ¿por qué lo recibes tú solo una vez al año? Recibe todos los días lo que todos los días te aprovecha y vive de modo que todos los días seas digno de recibirlo»¹⁰.

III. La Sagrada Eucaristía, de modo análogo al alimento natural, *conserva, acrecienta, restaura y fortalece* la vida sobrenatural¹¹. Concede al alma la paz y la

alegría de Cristo, como «un anticipo de la bienaventuranza eterna»¹²; borra del alma los pecados veniales y disminuye las malas inclinaciones; aumenta la vida sobrenatural y mueve a realizar actos eficaces relativos a todas las virtudes: es «el remedio de nuestra necesidad cotidiana»¹³.

Oculto bajo los accidentes de pan, Jesús espera que nos acerquemos con frecuencia a recibirle: *el banquete, nos dice, está preparado*¹⁴. Son muchos los ausentes, y Jesús nos espera. Cuando le recibamos, podremos decirle, con una oración que hoy se reza en la Liturgia de las Horas: *Quédate con nosotros, Señor Jesús, porque atardece; sé nuestro compañero de camino, levanta nuestros corazones, reanima nuestra débil esperanza*¹⁵.

La fe –que se manifestará en primer lugar en la conveniente preparación del alma– será indispensable para comer este nuevo pan. Los discípulos que aquel día abandonaron al Maestro renunciaron a su fe: prefirieron juzgar por su cuenta.

Nosotros le decimos, con San Pedro: *Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna*¹⁶. Y hacemos el propósito de preparar mejor la Comunión, con más fe y con más amor: «Adoradle con reverencia y con devoción; renovad en su presencia el ofrecimiento sincero de vuestro amor; decidle sin miedo que le queréis; agradecedle esta prueba diaria de misericordia tan llena de ternura, y fomentad el deseo de acercaros a comulgar con confianza. Yo me pasmo ante este misterio de Amor: el Señor busca mi pobre corazón como trono, para no abandonarme si yo no me aparto de Él»¹⁷.

Al terminar nuestra oración, nosotros también le decimos al Señor, como aquellas gentes de Cafarnaún: *Señor, danos siempre de ese pan*¹⁸.

Y cuando recemos el Padrenuestro, pensemos un momento que son muchas nuestras necesidades y las de nuestros hermanos; diremos con devoción: Padre, «*danos hoy nuestro pan de cada día; lo que necesitamos para subsistir en el cuerpo y en el alma*». Mañana nos sentiremos dichosos de pedir de nuevo a Dios que se acuerde de nuestra pobreza. Y Él nos dirá: *Omnia mea tua sunt*¹⁹, todas mis cosas

son tuyas.

1 Cfr. *Ex* 23, 25; *Is* 33, 16. — **2** Cfr. CATECISMO ROMANO, IV, 13, n. 8. — **3** Cfr. *Jn* 2, 1 ss; *Mt* 14, 13-21; *Mc* 5, 22-43. — **4** *Jn* 6, 48-52. — **5** Cfr. *Jn* 6, 60. — **6** Antífona del «*Magnificat*» en las Segundas Vísperas. — **7** Cfr. SAGRADA BIBLIA, *Santos Evangelios*, EUNSA, Pamplona 1983, nota a *Jn* 6, 52. — **8** *Jn* 6, 52. — **9** Cfr. SAGRADA BIBLIA, *Santos Evangelios*, cit., nota a *Jn* 6, 54. — **10** SAN AMBROSIO, *Sobre los Sacramentos*, V, 4. — **11** Cfr. CONC. DE FLORENCIA, Decr. *Pro armeniis*, Dz. 698. — **12** Cfr. *Jn* 6, 58; Dz. 875. — **13** SAN AMBROSIO, *Sobre los Sacramentos*. — **14** Cfr. *Lc* 14, 15 ss. — **15** LITURGIA DE LAS HORAS, *Oración de las II Vísperas*. — **16** *Jn* 6, 68. — **17** SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, 161. — **18** *Jn* 6, 34. — **19** Cfr. *Lc* 15, 31.

Nota: Ediciones Palabra (poseedora de los derechos de autor) sólo nos ha autorizado a difundir la meditación diaria a usuarios concretos para su uso personal, y no desea su distribución por fotocopias u otras formas de distribución.